

ISIDORO REQUENA, EL MAESTRO QUE ENSEÑABA A PENSAR JUNTO AL MEDITERRÁNEO

Martínez Lorca, Andrés*

Universidad Nacional de Educación a Distancia
España

Quien piensa hondo, ama lo más vivo
Hölderlin

Conocí a Isidoro Requena a finales de los años 50 en la ciudad de Almería. Él daba clase como profesor de filosofía. Yo era un muchacho de dieciséis años lleno de curiosidad y optimismo que soñaba con viajar pero que no había salido nunca fuera de los límites de mi provincia. Sus clases rompieron la monotonía de una enseñanza escolástica y memorística. Por primera vez un profesor nos puso en contacto con los textos filosóficos. La lectura de algunas páginas de la *Crítica de la razón práctica* me descubrió un mundo de ideas hasta entonces completamente ignorado por mí. Aunque yo tenía desde niño una marcada querencia hacia la literatura, la poesía sobre todo, la filosofía comenzó a convertirse desde entonces en mi principal inclinación intelectual.

¿Cómo era entonces la ciudad en la que vivíamos? Almería, fundada por el califa omeya Abderramán III, había llegado a ser en la Edad Media una de las grandes urbes de al-Andalus y su puerto principal, abierto al Mediterráneo y a los intercambios con Oriente

Medio. Por él entraron a la Península los libros de ciencia orientales que revolucionaron el pensamiento europeo y desde él viajaron al Magreb Averroes, Avenzoar y Maimónides, entre otros grandes pensadores de la época. El escritor cordobés al-Saqundi en su famosa *Risala* de elogio del Islam español la describía así: “Almería es ciudad de célebre fama y de importancia grande, cuyos habitantes se distinguen por su carácter ecuánime, (...) la belleza de los rostros y las costumbres, la nobleza en el trato y en la amistad”. Su apogeo urbano se basaba en el comercio exterior, la producción y exportación de ricos tejidos de seda, la construcción naval en sus astilleros y una refinada alfarería. Con la conquista de la ciudad por las tropas cristianas de los Reyes Católicos y la posterior expulsión de los moriscos, se oscureció su esplendor andalusí convirtiéndose en una oscura aldea costera.

A finales del siglo XIX algunas compañías extranjeras comenzaron a explotar la industria minera en esta provincia andaluza. Poco duró la recuperación económica. Hacia 1920 el destino de la mayoría de los almerienses era la emigración o el hambre. Sin apenas tráfico marítimo, con unas pésimas comunicaciones por tierra, sin industria y

*Doctor en Filosofía. Catedrático de Filosofía Medieval en la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (U.N.E.D.), situada en la Ciudad Universitaria de Madrid. El presente ensayo fue solicitado expresamente por el cuerpo editorial de la revista para el Dossier homenaje al Dr. Isidoro Requena.

Finalizado: España, Abril-2012 / **Recibido:** 23 de Abril-2012 / **Aceptado:** 15 de Mayo-2012

con una secular escasez de agua para su casi desertizada agricultura, la sensación de aislamiento y de pobreza era compartida por todos. Esta amarga realidad fue descrita con acento personal por el escritor británico Gerald Brenan en su obra *Al Sur de Granada* tras su residencia en esta zona de Andalucía durante esos años.

Las ilusiones de cambio con que llegó la II República, la posterior tragedia de la Guerra Civil y la larga postguerra de represión y escasez colectiva, apenas modificaron a mediados del siglo XX el cuadro social trazado por Brenan. La peyorativa definición de la ciudad transmitida al hispanista británico por un funcionario de policía (“el culo de España”) y la costumbre urbana por excelencia, caminar sin objeto fijo por la calle principal, el Paseo (“arriba y abajo, arriba y abajo pasaba la gente en un interminable y lento deambular”), seguían en pie cuando yo escuchaba en clase las lecciones del novedoso maestro.

Nacido en el pueblo de Caniles, en las tierras altas del norte de Granada, su acento era suave sin la aspereza característica de sus paisanos. De mirada intensa a su interlocutor, hablaba en voz baja y con un timbre fino en un tono afectuoso no exento a veces de ironía. Al poco de comenzar la clase había creado el clima necesario para captar la atención del oyente y centrar el tema de su exposición. No era dogmático en su discurso sino dialéctico, como quien ha madurado su pensamiento en soledad. Por eso, el diálogo entre maestro y alumnos brotaba con fluidez. Hombre reflexivo, más de dudas que de respuestas, parecía a veces un bicho raro en medio del dogmatismo imperante durante el franquismo no sólo entre el profesorado sino en la cultura española en general.

Incitaba a leer a los propios filósofos más que los manuales. Fruto de ello fue mi aproximación a la Ética kantiana, a la que antes he aludido. Recuerdo que en una obra de teatro que montamos yo salía representando al filósofo de Königsberg, adornado de

un espeso bigote quizá para impresionar más al auditorio.”Yo soy Immanuel Kant”, comenzaba diciendo para defender a continuación el imperativo categórico.

El joven profesor andaluz estaba abierto a las nuevas corrientes filosóficas y en el ámbito historiográfico había asimilado las renovadoras aportaciones del pensamiento cristiano impulsadas en Europa por la Universidad Católica de Lovaina. Testimonio de esto último fue su recomendación de *Las grandes líneas de la filosofía moral* del profesor belga Jacques Leclercq. Como muestra de su apertura mental recuerdo haber conocido a través de él las principales tendencias literarias de nuestro siglo expuestas con tanto talento como ausencia de prejuicios por el crítico belga Charles Moeller en su monumental obra *Literatura del siglo XX y cristianismo*.

Cuando dejé mi ciudad natal para estudiar filosofía en la Universidad de Madrid, nuestros encuentros se hicieron menos frecuentes pero nos seguíamos viendo todas las vacaciones para charlar de lo divino y lo humano. Lo recogía en su casa situada en la parte alta de la ciudad y paseábamos por calles y plazas hasta desembocar casi siempre en el Parque junto al puerto. Más socrático todavía que en clase, preguntaba de todo, dudaba más de la cuenta para mi gusto y me animaba a seguir mi propio camino. A veces, me prestaba libros de su biblioteca personal. El primer ejemplar que manejé de la *Crítica de la razón pura* de Kant era suyo. Yo me sentía muy orgulloso de contar con su amistad y procuraba seguir sus sabios consejos a pesar de la rebeldía propia de mi carácter.

Después de finalizar la licenciatura, me quedé trabajando en Madrid. Él marchó poco después a Granada donde su talento fue reconocido en los medios académicos: enseñaba al mismo tiempo en la Facultad de Filosofía y Letras de la prestigiosa Universidad fundada por el emperador Carlos V y en la Facultad de Teología regentada por la Compañía de Jesús. Supe más tarde que

había marchado a América y que ejercía como profesor universitario en Venezuela. Sentí que con su ausencia perdíamos un intelectual de valía, como tantas veces ha sucedido en nuestra historia marcada por la emigración y el exilio.

Cuando en la primavera de 2009 fui invitado por la Universidad de los Andes, Núcleo “Rafael Rangel” de Trujillo (Venezuela), volví a encontrarme con el viejo maestro. Comprendí que el tiempo no había pasado en vano, sentí que nuestra antigua amistad se mantenía viva y comprobé que Isidoro Requena había dejado ya una fecunda huella entre sus colegas y alumnos. Su orientación hermenéutica en filosofía, sus preferencias estéticas, el gusto por la buena literatura, el sentido moral de la existencia y hasta la alta consideración de la amistad como base de la vida social habían arraigado en su círculo de influencia quizá como no había sucedido antes en la vieja piel de toro.

Al visitar en el fondo del estrecho valle de Trujillo su casa donde el dulce canto de los pájaros sirve de contrapunto al colorido y perfume de plantas y flores, recordé el huerto de mi infancia en la Baja Alpujarra y aquellos sentidos versos de Fray Luis de León:

Despiértente las aves
con su cantar sabroso no aprendido;
no los cuidados graves,
de que es siempre seguido
el que al ajeno arbitrio está atenido.

Echando la vista atrás, creo que como maestro Isidoro Requena no sólo es heredero de Sócrates y Platón sino que también ha seguido a su modo el camino trazado varios siglos antes por el filósofo andalusí Ibn Tufayl, nacido en Guadix (Granada) no lejos de su ciudad natal. En el prólogo a *El filósofo autodidacto* reconocía éste que la filosofía era más escasa en la Península ibérica que el azufre rojo y rechazaba ofrecer de ella “una doctrina sumaria, impuesta por la mera autoridad de un maestro”. La propuesta ofrecida en esas páginas no consistía en la recepción acrítica de unas doctrinas sino en un

ejercicio de búsqueda personal, en un método de investigación no exento de dificultades donde el maestro se convertía en compañero de viaje: “Queremos llevarte por los caminos por los cuales nosotros hemos caminado antes que tú; queremos hacerte nadar en el mar que nosotros hemos atravesado primero, para que tú llegues adonde hemos llegado nosotros, y veas lo que nosotros hemos visto, y te cerciores por ti mismo de todo lo que nosotros nos hemos cerciorado, y no tengas necesidad de atar tu ciencia a lo que nosotros hemos conocido. Tal intento exige un espacio de tiempo no pequeño, ausencia de preocupaciones y aplicación de todos los esfuerzos a este género de estudio”.

Rodeado de su familia y respirando a diario su afecto, el maestro andaluz envejece como los viejos sabios orientales: disfrutando el presente, sin amargura por el pasado y sin inquietud por el futuro. Como escribiera el mismo Fray Luis,

Cuando la luz el aire y tierras baña,
levanta al puro sol las manos puras,
sin que las aplomen odio y saña.

Después de un largo navegar, anclado ya en el verde valle trujillano, Isidoro Requena, ligero de equipaje como Antonio Machado, ha encontrado al fin entre familiares, discípulos y amigos el lugar soñado, su buscado rincón de suave clima y fértil tierra, igual que el que cantara Horacio en su conocida *Oda* (II,6):

*Ille terrarum mihi praeter omnes
angulus ridet...
(Aquel rincón de la tierra
me sonrío más que ningún otro...)*

¡ Larga vida al maestro que me guió a la filosofía y me enseñó a pensar!